

APUNTES CASTELLANOS

MANUEL GARRIDO PALACIOS*

RESUMEN: A través de sus conversaciones con diferentes personas, el autor va recogiendo historias del vivir diario, sucesos pasados o costumbres y tradiciones tanto festivas como referentes a distintos trabajos del campo. Parte de estas historias se reflejan en canciones, coplas y romances. Con todos estos elementos el autor conforma una estampa de nuestra Castilla rural.

ABSTRACT: Through conversations with a variety of rural people living in Castille, the author has collected stories about daily life, past events, and also customs and traditions, both fiesta-time and fieldwork-related. A part of these stories are also captured in songs, balads and romances. Combining all these sources of anecdote and history, the author paints a picture of rural Castille.

PALABRAS CLAVE: Castilla / romances / tradiciones.

* Para Ángel Carril, que editó mi libro *Aún existen pueblos* con el mismo ánimo que hoy quiero dedicarle estos paisajes que tanto amó.

“Me maravillo de ver
cómo algunos piden tiempo,
y hacen caudal de aquello
por lo que piden el tiempo,
pero no hacen caudal
del tiempo mismo”.

SÉNECA, *De brevitae vitae*

Nieva en la calle; arde en la chimenea leña de roble. A la luz de la lumbre me siento en el pueblo de La Garganta con abuelas que saben historias que pasaron, pasan, pasarán; algunas, convertidas en canciones, con su moralina puesta: “a ver si no se repiten”, dice una. Historias que componen la historia del vivir diario; historias de las de dentro, ajenas a temporeos históricos o a si el mandamás de entonces era gris, verde o amarillo, que el sentimiento poco entiende de eso.

–Si se acaba la leña echa ramas de castaño, aunque aguanta más la de roble.

–Por Pascua se matan cabritos y las familias salen al campo a comer; después viene el baile en la plaza para bajarlos. Las viejas no vamos apenas. Se canta:

Antolina, flor de lina,
dame un alfiler de plata,
para sacarme la espina
que el corazón me traspasa.
La carta del melitar
y el pañuelo de merina,
y un viento que la llevó,
¡caramba con Antolina!
Antolina está cosiendo
a la sombra de un ciruelo,
y su madre le decía:
-Ya tenemos compañero.
-Bartolillo, barre, barre.
-Madre, no quiero barrer,
tengo los calzones rotos
y la chicha se me ve.

–¿Sabe quién fue Antolina? Una muchacha de este pueblo que tuvo un percance con un hombre y le sacaron el cantar; ya sabe cómo se las gasta la gente.

–La mujer es la piedra del tropiezo; escuche primero y luego lo escribe:

María Antonia, María Antonia,
tú no sabes lo que has hecho,
olvidar a un primo hermano
por querer a un forastero.
María Antonia, María Antonia,
no vayas al Castañar
porque te ha dicho Florencio
que el mulo te va a tirar.
Si los bancos del paseo
tuvieran conocimiento,
te dirían, María Antonia,
lo que los dos hemos hecho.
María Antonia, María Antonia,
no puedes ir a la huerta,
que la ha vendido José
por mil quinientas pesetas.

Corean el estribillo:

Le metió el pirulí,
le metió el pirulá,
se lo volvió a meter
se lo volvió a sacar,
se la metió derecha,
se la sacó doblá.

Pienso en el frío que hará en la calle; atizo la lumbre, suenan los versos entre el chisporroteo:

María Antonia, María Antonia,
cómo pudiste hacer eso,
por haber perdío las cabras
ya no puedes hacer queso.

Agarro con las tenazas una piña vacía y la echo a arder. Se le pone la entraña roja. Las abuelas hacen memoria; yo silencio:

Vitorilla, Vitorilla,
no te arrimes al caldero,
arrímate a don Emilio
que es el amo del dinero.

No llore usted, tía,
no llore usted, no,
que la Vitorilla,
de moza parió,
de esta manera,
así nos lo cuentan
los del arrabal,
los del camarín;
cochina, marrana,
dónde fue a parir.

–Se te escapó una, que luego equivocas al muchacho.
–¿Cuál?

La carta del melitar,
y el pañuelo de merina,
que en la puerta la posá
venden pollos y gallinas.

–Una más o una menos... ¡Sabe Dios!
Pasa un camión lejano. Hay fuera chapoteo de agua nieve. Tiro una tabla al
fuego; crepita, sube la llama.

–Parece que le cuesta arder.

–Estará la leña húmeda.

–Déjala, que ella sola levanta.

–Mire, cuando se va a la Fuente Nueva para hacer el Calderillo, durante la maña-
na se compran chivos, se trocean y se cocinan allí, que está a un salto del pue-
blo. El forastero que asoma tiene que probar el vino con tajada de carne, y le can-
tamos con el tamborilero.

–¡A ver!

–Unos a cantar y las viejas como nosotras a recordar.

–Dice el refrán que romería de cerca, mucho vino y poca cera.

–¡Calla!

–Ahora que te digo, te comiste una letra; ¿qué va a decir este hombre? Es en
la canción de María Antonia, que tiene que acabar así:

Tanto que sabes coser,
tanto que sabes bordar,
me has hecho unos pantalones
con la bragueta pa tras.

–Y a ti se te olvidó otra antes, así que...

Arrecia el temporal.

–Llover, lo que se dice llover, hace años, cuando la Virgen del Castañar.

–Cuéntalo, que él no pía y lo apunta todo. Parece mudo.

–Mire, el Santuario está en Béjar y hay que ir por malos caminos. El Ayuntamiento regala la bebida a las cuadrillas. Es momento para que las muchachas y los muchachos tengan sus enredos, sus cortejos, sus amoríos, ya me entiende; lo de siempre; se oye misa, se pasa el día en el campo y a la vuelta se hace una parada en el Collado para merendar. Yo he ido descalza en mi juventud.

–¿Descalza tú?

–Quiero decir a pie, que estás a la que salta.

–Quien muchas romerías anda, tarde o nunca se santifica.

–¡Calla! Se canta:

Vengo de la Romería
de la Virgen del Collado,
de lucir mi saya nueva
y el pañuelo colorado.

Aquel tunante
me perseguía,
peñas abajo,
peñas arriba.

Para ir a la Romería
de la Virgen del Collado,
se necesita montar
un buen caballo,
nosotros no lo tenemos,
nos vamos a Benajarro.

Peñas arriba,
peñas abajo,
en la Molinera
echaremos un trago.

–Cántale al muchacho los Pajaritos.

–Pero antes hay que explicárselo. Se hace por San Antonio, en febrero, y son tres días de fiesta. La Cofradía lo organiza todo; la gente ofrenda al Santo productos del campo, que luego se subastan y así hay para más jolgorio.

–La canción, cántale la canción y déjate de murgas.

–No sé si me acordaré:

–Divino Antonio precioso,
suplícale al Dios inmenso
que por su Gracia Divina
alumbre mi entendimiento,
para que mi lengua

refiera el milagro
que en el huerto obraste
a edad de ocho años.
Desde niño fue criado
en santo temor de Dios,
de su padre fue querido
y del mundo admiración,
fue caritativo y perseguidor
de toda injusticia con mucho rigor.
Por la mañana, un domingo,
como siempre acostumbraba,
se marchó su padre a misa,
cosa que nunca olvidaba;
y le dijo: –Antonio,
ven acá, hijo amado,
escucha, que tengo
que darte un recado;
mientras tu padre va a misa,
buen cuidado has de tener,
mira que los pajaritos
no lo echen a perder...

Le da un golpe de tos fortísimo. Otra señora le golpea en la espalda, le trae agua, le dice:

- ¡Ea, ea! Tú ya no puedes con tanta copla, recarajo.
- No me acuerdo del resto.
- Yo lo sé de otra forma.
- A ver, cántalo, pero no corras, que te embalas.

Antonio, divino Antonio,
era un hombre muy prudente,
que mantenía su casa
con el sudor de su frente.
Él tenía un huerto
en donde cogía
cosecha del fruto
que el tiempo traía.
Y una mañana en domingo,
como siempre acostumbraba,
se marchó su padre a misa,
cosa que nunca olvidaba,
y le dijo: –Antonio,
escucha, hijo amado,
ven acá que tengo

que darte un recado;
mientras que yo estoy en misa
gran cuidado has de tener,
mira que los pajaritos
todo lo echan a perder,
entran en el huerto,
pican los sembrados,
por eso te encargo
que tengas cuidado.
–Venid pajarillos,
dejad los sembrados,
que ha dicho mi padre
que tenga cuidado;
para que yo pueda
cumplir mi obligación
voy a encerraros a todos
dentro de una habitación;
vengan las urracas
y las codornices,
palomas, gorriones,
tórtolas, perdices.
Cuando el padre llegó a casa
y vio el milagro tan grande,
hasta al señor obispo
ha tratado de avisarle.
Acudió el señor obispo
con grande acompañamiento,
todos quedaron asombrados
al ver tan bueno el ejemplo.
Abren las ventanas,
puertas a la par
a ver si las aves
se quieren marchar,
y San Antonio contesta:
–Señor, usted no se agravie,
los pájaros no se marchan
hasta que yo se lo mande:
salgan las urracas
y las codornices,
palomas, gorriones,
tórtolas, perdices,
irse por los prados,
que ha dicho mi padre
que tenga cuidado.

Paso la hoja del cuaderno. Cruje el papel. De las muchas versiones que se conocen me viene a la memoria un fragmento de la recogida por Vicente Elías en La Rioja. No lo digo por no romper el encanto; lo copio después porque es un gozo la descripción ornitológica:

Vaya, pajaritos, ya podéis salir,
salgan cigüeñas con orden,
águilas, grullas y garzas,
gavilanes y avutardas,
lechuzas, mirlos y grajos,
urracas, tórtolas, perdices,
palomas, gorriones, codornices,
salga el cuco y el milano,
burlapastor y andarríos,
canarios y ruiseñores,
todos los pájaros mirlos,
salgan verdelones y carnalinas,
y cojugadas y las golondrinas.

–Si yo estuviera buena le cantaba ahora mismo el romance del militar que cayó en la guerra y la novia se muere esperándolo.

–Mire usted, antes, una boda podía durar una semana; se ponía la cama en la plaza y allí iba todo el que quería darle su regalo, digamos centeno, trigo..., y los novios convidaban con carapachúos, ¿sabe lo que son?; llamamos carapachúos a las castañas secas que cocía el padrino. Luego se hacía el baile de la perra; el que quería bailar con la novia tenía que pagar alguna moneda; y se mataba un choto, y los amigos traían la leña, y ponían la mesa y preparaban todo.

–Hasta bailaban un pasacalle con los novios.

–A ver qué rama echas ahora para que no haga humo.

–¡Calla!; de modo que ¿qué, cómo ve nuestras cosas?

No espera mi respuesta. Se queda meditando, la mirada perdida en el fuego:

–¡Era todo tan bonito! –dice, como si gozara a solas del tiempo mágico que baila en la llama.

“...hasta que el pueblo entero no sepa la Doctrina Cristiana no se permitirán en las calles danzas ni tamborileros, so pena de excomuni3n y tres reales de multa”.

(Fragmento de una amonestaci3n de la autoridad eclesiástica en Castilla. 1560)

A veces regreso a los sitios con un cierto escalofrío, haga el tiempo que haga. He vivido tanto los pueblos, tanto sus gentes, tanto sus alegrías, tanto sus penas, que al sentir ahora tantas ausencias, el vaho de la soledad me nubla el camino. Todos los pueblos han sido mi pueblo, y el olor a leña de roble y a jara fresca me han seguido, y los acentos, y los sones, y los sabores, y los ecos. Los pueblos me dieron lo que sé y temo que yo no haya sabido darles más que la lata.

En 1978 paso por Peñaparda, Salamanca, y don Andrés, clérigo de bonete, me canta una tarde:

María sé que te llamas,
ya me lo dijo el padrino,
no tendrá el rey en sus salas
este sol tan cristalino.

Allá arriba arribota
hay una fuente de oro
donde lavan las mocitas
los pañuelos de los novios.

Cuántos hay que te dirán,
serrana por ti me muero
y yo que no te digo nada
soy aquel que más te quiero.

Para qué madrugas tanto
madrugadora del alma,
si sabes que yo te quiero
aunque te estés en la cama.

María siempre María,
María siempre diré,
y a la hora de mi muerte
a María llamaré.

Sale el sol por las mañanas
entre viñas y olivares,
el querer que a ti te tengo
de las entrañas me sale.

Qué bonita está la tierra
después que el agua ha caído,
más bonita está una dama
al lado de su marido.

Qué bonita está la tierra
con el brezo descollando,
más bonita está una niña
de catorce o quince años.

Primero que yo te olvide
ya darán los pinos peras
y las gallinas tomates
y las parras tomateras.

Primero que yo te olvide,
pongo la comparación,
ha de calentar la nieve
y ha de refrescar el sol.

Después me habla de la industria casera del lino y Engracia se suma para decirme que cogen gallinaza, estiércol de corral, para sembrarlo:

–Se mete, se le hace la cama, se riega y después vamos las mujeres a darle agua cada ocho días; se trae, se macha y se saca la linaza.

El lino era una fuente económica de Peñaparda; había linares y los aprovechaban para las ropas o para lo que hiciera falta:

–Se hacían camisones. Ahora verá tiestos, herramientas viejas. Las sábanas de lino que nos quedan se van dejando a las hijas como dote.

Pregunto a Marcela qué era lo del *picao* de la escoba:

–Se traía la planta, se golpeaba en el machón y se echaba en la cuadra del ganado para que estuviera seco y durmiera bien, lo que, unido a su excremento formaba un buen abono para la tierra; ¡vaya patatas que daba!

Sigue Basilisa:

–Cuando aún se reúne la gente para un festejo, por ejemplo, una vez recogidas las patatas, se saca el pandero sin sonajas y se baila.

Máxima es la gran tocaora de pandero:

–Nadie saca una canción que ella no le sepa hacer el son –dice una vecina–. Ahora, esto es como la Misa de Olleros, que durará lo que el cura¹.

María le da un pandero cuadrado² y Petronila la acompaña chocando la badi-la contra una llave³ en lo que llaman *Corrido*:

Dicen que por las venas
corre la sangre,
quítate, niña,
de esos balcones.

Si tú no te retiras,
ramo de flores,
yo seré la justicia
que te aprisione
con la cadena de mis amores.

Yo antes ignoraba
lo que ahora veo,
las vueltas que da el mundo
y aquí me quedo,
quítate, niña,
de esos balcones.

Míralo por donde viene
el gato por el tejado.
Por mí no doblen campanas
ni me entierren en sagrado...

De tu puerta a la mía
rondé, rondando,
navegué, navegando,
va una cadena,
chiquitita y bonita,
rondé, rondando,
navegué, navegando,
de amores llena.

1 «Olleros fue un lugarejo, tierra de Salamanca, que se despobló, y en la iglesia, que duró más, acudían pastores a Misa, en tanto que hubo quien la dijese; después faltó». CORREAS, Gonzalo. *Vocabulario...*

2 El pandero cuadrado sin sonajas se usa también en Encinasola, Huelva, en el baile que hacen mujeres al que da nombre el instrumento.

3 Entre los vaqueiros asturianos hay danzas en las que se usa de percusión la *payetsa*, que es el choque de una sartén con una llave. Es –o fue– baile de bodas. Son atributos que los futuros suegros regalaban al matrimonio nuevo.

Y ahora vamos a la cuna
ya no podemos entrar,
y ahora los franceses
piden libertad
y España les dice
podéis tropezar,
la fe, la fe
del cristiano,
ya la podemos buscar.

Ya lejos de Peñaparda me paro a preguntar a un hombre que cuida un barriquero⁴ si el castaño se planta por simiente o por esqueje:

–Tiene que ver antes si le priva⁵ o no la tierra y ponerle un mañizo⁶ al lado, digamos un pie de amigo⁷ que le dé arroje contra el viento ábrego.

Es de Castañar de Ibor, entre Naval Moral y Guadalupe, y no queda ahí el cuento, sino que vira hacia las fiestas de su pueblo:

–Los quintos del año atan un gallo por las patas, lo cuelgan entre dos palos y pasan a caballo a ver quién le arranca la cabeza.

Desde mi asiento en una piedra me atrevo a opinar:

–Eso tiene que doler lo suyo.

–Es cruel, oiga, pero tiene un no sé qué que gusta.

Le digo que conozco la misma costumbre en pueblos vascos, donde lo hacen con un ánsar, y en Sepulcro Hilario, más allá de Peñaparda, aunque ya en desuso. En esto andamos cuando llega un pastor de cabras, Antonio Pérez, a compartir sombra, bocadillo, vino de bota y charla. Le entro al recién venido con que las cabras son dañinas porque desgracian plantones al comerle las guías. No se inmuta. Le importa más saber qué hace por aquí un tipo que parece no ir a ningún sitio.

–Tomo apuntes –digo.

–¿Para algo? –insiste.

–No sé. Aún no lo sé. Igual los publico por ahí.

En su pueblo natal, Alba de Tormes, hacen cacharros de barro brillante:

–Le dicen vidriados –me invita a anotarlo–; vaya y pregunte por Rogelio Moro, que le cantará además el romance *Antonio, Divino Antonio*; el que también sabe de estos líos es Valerio, el tamborilero de Casas del Conde, ¿lo conoce?

Lo animo a que suelte algún cantar de los que se enredan en la memoria. Sonríe y se encoge de hombros. El labrador asegura que el pastor sabe cantar coplas del Castañar, y a poco ya sale el hombre con las del *enrame*:

4 Terraza pequeña en el monte donde cabe poca siembra.

5 Si le conviene.

6 Palo derecho clavado junto al plantón que impide que se tuerza.

7 Palo inclinado cuyo pico acaba en horquilla que abraza el plantón para reforzarlo contra los vientos fuertes. La base se clava en tierra a cierta distancia.

El día de San Juan veremos
 las que son guapas,
 si les ponen los mozos
 ramos de albahaca,
 las que son lindas,
 si les ponen los mozos
 ramos de guindas,
 las que son feas,
 si les ponen los mozos
 ramas de acea.
 Me pusiste el ramo,
 Dios te lo pague,
 rompiste siete tejas,
 lo que el ramo vale.

Le digo que por El Andévalo, en Huelva, se hace lo mismo en la amanecida de San Juan, una especie de lenguaje floral entre mozos a mozas, queriendo significar cada planta dejada en la ventana o el balcón una intención amorosa. El labrador le pide al pastor que diga el romancillo que nombra a los pueblos de su comarca, y al escucharlo, más que romance, me parece un fresco del paisaje pintado con palabras:

Los pueblos que yo conozco
 entre el valle y la montaña,
 yo te los voy a decir
 en muy poquitas palabras.
 Allá arribita en lo alto
 anda la Virgen de Francia,
 aquí abajo Casarito
 y después, la Casa Baja;
 en Sequeros, botoneros,
 en Mogarraz, fanfarria,
 en Cepeda, los matones,
 que hasta a las mujeres matan;
 en Pineda matan chivos,
 en El Molinillo cabras,
 en El Llano, las gallinas,
 y para galgos, Miranda;
 en el Soto, los nisqueros,
 en Herguijuela, legaña,
 en el Madroñal, papudos
 y en La Alberca, la castaña;

En San Martín hay vaqueros,
lagarejos en Las Casas,
en Villanueva, colambres,
en Monforte vinateros
y en Garcigüey las pasas.

El labrador añade:

–En Tamames hay buenos alfares, y en Céspedes de Tormes; allí se cantan y bailan por hombres vestidos de blanco las danzas llamadas de la *Pimienta*, el *Laurel*, la *Nochebuena*, las *Palomas*, las *Fiestas*, el *Milanillo* y los *Frailes*. No sé ahora, pero en Ciudad Rodrigo había orives de renombre; la gente habla de las capeas como de lo más lucido, pero todo tiene su importancia. Mire Herguijuela, con tres tamborileros: Eduardo, Tomás y Fanega; diga que va de mi parte. En Mogarraz convierten en plaza de toros la propia del pueblo.

–Antes ya lo era sin tener que aviarla –media el pastor, que había perdido la vez pero la recupera–. Allí tiene usted a la señora Matea con sus bordados. Titón es el tamborilero. Dulzaineros tiene a Nicomedes en Villamayor y a Antonio en Villanueva.

Los tres damos cuenta del vino, del pan, del chorizo, del queso. El pastor se levanta a tirar piedras a unas cabras metidas en mal sitio. Grita: «¡Mooooocha! ¡Hcá! ¡Hcá! ¡Ría, ría!». Le insisto:

–Son jodidas, ¿eh?; lo destrozan todo, comen hasta los papeles.

Me pregunta como si yo no hubiera hablado:

–¿Le sirve de algo lo que le hemos dicho?; apúntelo bien no sea que se le olvide.

El labrador se pone a apelmazar la tierra del barriquero. El pastor se va con las cabras. Yo sigo camino con más chicha en mi morral de vivencias. Por un momento nos veo figuras machadianas, gentes que...

...cuando caminan, cabalgan
a lomos de mula vieja,
y no conocen la prisa
ni aun en los días de fiesta.
Donde hay vino, beben vino;
donde no hay vino, agua fresca.
Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra.

En 1998 regreso a Peñaparda. Paso por el barriquero que cuidaba el labrador y por el monte donde pastaban las cabras, sabe Dios si en un vano intento de recuperar las ausencias, los olores a leña de roble, a jara fresca, los acentos, los sonos, los sabores... Pero todo es silencio. Sólo quedan los ecos. Nada más que los ecos.